



ISANTANDER!

Las aguas del Cantábrico la acariciaban deshaciéndose en montañas de espuma; cien embarcaciones atracadas á sus muelles vaciaban los productos de la industria; los ecos de alegres cantares llenaban los aires; los trabajadores, de atezado rostro y fuerzas hercúleas, transportaban en hombros los pesados fardos: allá á lo lejos en inmensas espirales subía hasta los cielos el humo de las fábricas; todo era alegría, vida exuberante, trabajo: el sol, lleno de esplendores, alumbraba la escena.

Santander, puerto natural de la vieja Castilla, es el símbolo de la honradez, de la virtud y del trabajo. El honrado carácter montañés con todas sus rudezas, expresión de todas las virtudes de los antiguos castellanos, y amante cual no otro de todos los trabajos, es el trasunto fiel del hombre moderno, que ora se hunde en las entrañas de la tierra para arrancarle sus tesoros, ora hace la vida tranquila de los campos, ora se lanza á los peligros del Océano y lleva los productos de la industria de unos á otros continentes.

Une á la sencillez de otras edades las energías de la edad moderna.

Eleva de continuo la oración sublime del trabajo y es un sacerdote cuyo templo corona la inmensa bóveda de los cielos.

Súbito, la escena se transforma. Aquellas aguas cuajadas de espumas, tórnanse en rugientes y ennegrecidos abismos; las airovas embarcaciones hechas añicos, flotan en fragmentos; los ecos de los alegres cantares, alóganse con los gritos de angustia; los honrados trabajadores huyen presa de pánico espantoso ó caen deshechos; destrozados, sobre horrible amontonamiento de escombros; las fábricas se desmoronan; el sol se oculta tras espesas nubes; el resplandor del incendio alumbraba la desolación y la muerte.

El genio del mal bate sus alas sobre la hermosa Santander.

En revuelta confusión, en hacinamiento indescriptible, vense fábricas y obreros, embarcaciones y útiles de trabajo, inocentes criaturas, pedazos de roca y sangrientos despojos. Algo así como la obra monstruosa de Satanás. Los ecos de las montañas centuplican en sus cóncavos el estruendo espantoso.

¡Ah, pobre Santander; pobre España!

¿Quién hubiera de creerlo? Un buque se incendia; todos acuden presto á salvarle: se olvida todo ante el peligro que corren otros hombres, y este buque hace estallar centenares de arrobas de dinamita y espárese la desolación y la muerte en derredor.

Tal es lo ocurrido en Santander.

La dinamita, el hierro, factores valiosísimos del trabajo, hanse transformado en heraldos de la muerte.

¿Quién realizó esta transformación? ¿Quién tornó en sombra la luz, la alegría en espantosa tristeza, el amor en odio, la vida exuberante en el estertor de la muerte?

¡Malditos una y cien veces, quienes sujetos, á todos los egoísmos, todo lo sacrifican al afán del luero!

¡Execración eterna á quienes viven recreándose en egoístas intereses!

La sombra de tanta víctima demanda luz; sus miembros aun palpitantes piden justicia; la honra de nuestro pueblo exige con imperio el criminal.

Hay que mostrarlo: no basta vivir entre millones, gozar de todos los placeres, sujetar todas las influencias, escalar los más altos puestos sociales, hay que vivir la vida honrada, sin defraudaciones que matan, sin ocultaciones que reducen los pueblos á escombros y siembran la muerte.

El pueblo demanda justicia inexorable; el pueblo es acreedor á esta justicia.

ENRIQUE A. ROGER.

¡A CALLAR Y A VOTAR!

A ver. ¿Quiénes son esos que murmuran contra los jefes porque han ordenado acudir á las elecciones? De seguro que no son republicanos. Los republicanos somos más disciplinados, más sumisos. Que callen, pues.

Pero si por casualidad lo son, á expulsarlos del partido. ¿De dónde vienen esos caballeros, cuando no saben que ya para ser buen republicano estorba el propio criterio, la propia voluntad, y que las palabras democracia e independencia no tienen ya sentido alguno en nuestro vocabulario?

¿Qué es eso de reunirse ahora pretendiendo alardear de tales cualidades? Para continuar en el partido, hay que ser humildes como corderos, sencillos como palomas.

¡Pobres jefes! ¡Haber estado años y años ahogando al nacer toda iniciativa para encontrarse con esta rebeldía ahora! Eso es atroz, insufrible, y no deben consentirlo, y no lo consentirán. Sólo faltaba que dieran los republicanos en anteponer á todo su dignidad. Nunca.

Y no lo consentirán; como si lo viera. Apearán á todos los medios, y harán perfectamente. Correrán la voz de que los que no acudan á votar están vendidos á la monarquía (respetable institución sin dos reales), y todos acudiremos á votar por no cargar con ese sambenito.

¡Oh, sí! Votaremos. Los jefes lo mandan, y

hay que bajar la cabeza. Iremos al aprisco electoral, sin permitirnos el balido más leve, no vaya algún jefe á tirarnos la cayada y perniquebrar nuestro republicanismo.

Así, pierden el tiempo esos que se reúnen, y conciertan no acudir á las elecciones. No evitarán que los demás vayan, y acaso ellos sean los primeros en ir.

El pájaro que ha estado mucho tiempo en una jaula, no puede volar hasta que se le desentumecen las alas; de la misma manera los republicanos, acostumbrados durante dieciocho años á obedecer sin replicar las órdenes de los jefes, tardaremos algún tiempo en pensar por cuenta propia y ejercer de demócratas

A callar, pues, y á votar.

LAS ELECCIONES

Hablan los jefes de la conveniencia de que los municipios estén ocupados por los nuestros el día que venga la República.

¿Qué bienes nos vienen con esa gracia? Ninguno, á juzgar por los ensayos hechos.

Quisiera que desapasionadamente se me dijera por los republicanos que han llevado concejales á los municipios, qué ventajas han notado en nada. ¿Cuáles ha tocado Madrid, por ejemplo, con los que tiene? ¿Cuáles los demás puntos de España? Ningunas. ¡En cambio, cuántos disgustos, cuántos desengaños, cuánta vergüenza devorada en silencio al ver que los elegidos resultaban en muchos casos peores que los monárquicos!

Hace pocos días, sin ir más lejos, un periódico federal de Madrid, *La Igualdad*, decía:

«El progresismo granadino, compuesto de una masa noble y honrada, encuéntrase dirigido por unos cuantos cabaleros, algunos sin profesión conocida, — á pesar de ser *conocidísimos* por los aficionados á los juegos de azar y *envite* que el Código pena, — que encubiertos con la máscara republicana, á su sombra medran y viven cubriendo de oprobio y deshonor á la democracia á quien dicen representar.

Los concejales progresistas del Ayuntamiento de Granada, están á punto de conseguir lo que no pudieron las reacciones con sus arbitrariedades y castigos, que es matar el amor y la esperanza que el pueblo granadino profesó y tuvo siempre en la institución republicana.

Su conducta ha sido causa de que la masa neutra, que allá en el interior de su conciencia confiaba en la República como en el oasis de su tranquilidad y su ventura, al comparar las situaciones monárquicas con la presente en que los llamados republicanos imponen su voluntad y administran á sus anchas, han visto, con el desaliento que produce la muerte de las más risueñas esperanzas, que jamás enefloreáranse la inmoralidad en la Administración del municipio con mayor descaro que ahora, que esperaban que fuese modelo de probidad y honradez.

Los ediles dignos de todas las opiniones han abandonado su cargo, y sólo quedan en el Ayunta-

miento los más conspicuos progresistas. Atribúyelos el vecindario ese cúmulo de ignominias peculiares á las administraciones monárquicas, obras adjudicadas sin las formalidades de subasta; y créditos que se abonaban mediante la gestión *desinteresada* de un 50 por 100, y detrás de estas cosas destácase la figura de algún *republicano*, y un sinnúmero de chanchullos semejantes á los que há tiempo desfilan en las columnas de nuestro queridísimo colega *El País*, bajo el expresivo epígrafe de *los que roban*; y todo ese lodo que salpica, imprime indeleble mancha sobre la honrada bandera de la República que estamos obligados á defender los que noblemente la seguimos.

Granada ha sido siempre republicana; pero se está en una situación tal, que si el partido progresista y su junta directiva no protestan de la conducta de los que se dicen sus representantes, la opinión democrática habrá muerto allí para no volver á resucitar.»

Este caso no es desgraciadamente un caso aislado; y la prueba de que á los monárquicos les va bien con los concejales republicanos, es que no son ellos los que se quejan de su conducta, sino que somos los mismos republicanos. ¡Como que resultan en muchos puntos lobos de la misma camada!

¿Y para qué estos males aumenten ordenan los jefes republicanos que se vaya á las elecciones? No parece sino que tienen el propósito de que nos aniquilemos lentamente. Cada elección produce rivalidades y antagonismos que nos dividen más, nos enervan y nos debilitan.

El resultado de las elecciones, es este invariablemente. En los municipios donde los republicanos quieren velar por la moralidad, se ven obligados al fin á retirarse, por no mancharse de lodo; se pudieran citar bastantes puntos. En aquellos donde bailan al son que les tocan, indignan á los que cometieron la torpeza de elegirlos; y en ambos casos, la República nada gana.

El argumento de que conviene que los municipios estén ocupados por republicanos cuando venga la República, es capcioso: el día que la traigamos (porque ella no vendrá) quedarán por este solo hecho los municipios en poder nuestro. ¿O es que vamos á andar con escrúpulos para sustituir á unos concejales después de haber derrumbado una institución?

Pues si el entrar en los municipios hoy no es provechoso, y por fuerza han de venir á nuestro poder mañana, ¿para qué gastar paciencia, dinero y energía en las elecciones?

Repito, sin embargo, lo que dije en el número anterior. ¿Se quiere que acudamos á las elecciones? No hay inconveniente. Hagan lo jefes la previa declaración de que no pueden ó no quieren intentar la lucha revolucionaria, y allá iremos; y si creyeren que ni ellos ni nadie puede intentar la hoy, díganlo también, para los efectos que convenga.

Lo demás sólo sirve para aumentar la confusión en el partido, y obligar á los hombres serios y convencidos á meterse en sus casas, cansados de tanta debilidad, tanta mentira, tanta farsa.

ARRIBA LOS CORAZONES!

Pero ¿á qué andar buscando razones políticas para no acudir á las elecciones, cuando en los actuales momentos hay una poderosísima para apartarnos de ellas?

Las elecciones traen consigo gastos considerables, y sería verdaderamente un crimen sacrificar hoy ni un céntimo por llevar concejales al municipio. ¿Por qué todos los designados como candidatos para las próximas, no calculan el dinero que va á costarles, y lo emplean en fusiles ó en provisiones para nuestro ejército? Más ganaríamos en la opinión los republicanos con ese rasgo que con alcanzar el triunfo de todos nuestros candidatos.

¿Que de ese modo se dejaban los municipios á merced de los monárquicos? Aparte de que, con contadas excepciones, á merced suya quedarían, y que la intervención nuestra

para bien poco ha servido hasta ahora; ¿quién duda que un acto así redundaría tarde ó temprano en beneficio nuestro?

No se trata ahora de pedir ese dinero para la revolución, no; se trata de algo más desinteresado: de demostrar que somos republicanos precisamente porque buscamos el bienestar y el prestigio de España; que no queremos nada para nosotros y si todo para ella. Hoy la vemos empeñada en una empresa de honor, y renunciamos á lo que nos afecta para ayudarle á que le dé cima como debe.

Si buscamos, como decimos, la fuerza en la opinión, ¿qué manera más noble y más alta para ponerla de nuestro lado? Por egoísmo deberíamos hacer lo que digo, si no debiéramos hacerlo por patriotismo y por deber.

¿Qué importa que las responsabilidades de esta guerra caigan enteras sobre la monarquía? Al extremo que han llegado las cosas, sólo debemos saber los republicanos que son españoles los que en Africa combaten; que son hijos de ese pueblo cuyo nombre tenemos siempre en boca y á quién demandamos apoyo; que pertenecen á ese Ejército cuyo auxilio pedimos para regenerar á España; que tienen madres que ruegan, mujeres que lloran, hijos que los llaman; que son, en fin, carne de nuestra carne.

Y siendo esto así, y sabiéndolo, ¿vamos á entretenernos en discutir nombres de desconocidos, cuando hay nombres de héroes que ensalzar; en leer carteles por las esquinas, cuando hay al viento gloriosas banderas desplegadas; en pedir votos, cuando nuestros soldados piden que se les lleve al combate; en acudir en tropel al colegio electoral, cuando nuestras tropas acuden con peligro de su vida á llevar pan y agua á sus compañeros de los fuertes? Y sobre todo, ¿vamos á creer, ¡irrisión sangrienta! que damos una prueba de valor cívico depositando una papeleta en las urnas, cuando los militares creen que cumplen un deber sencillo depositando porvenir, vida, afecciones en su corazón, y exponiendo ese corazón á las balas para que España, su madre, pueda lavar, con la sangre que ellos vierten, el ultraje que la morisma le ha inferido?

Comprendería que en estos instantes fuéramos de casa en casa los republicanos, no á mendigar votos, sino á pedir hilas para restañar heridas, dinero para comprar fusiles; y que lleváramos, no electorales manifiestos, sino consuelos para enjugar lágrimas maternales, esperanzas para matar desalientos, bálsamos para curar dolores. Todo esto sería digno de nosotros, de lo que somos, de lo que representamos, de lo que aspiramos á ser, y todo esto nos sería pagado en el porvenir por nuestra conciencia y por la opinión.

Estas luchas, que en España siempre resultaron mezquinas, lo son hoy mucho más. Dejemos á los monárquicos sostenerlas, para que esta ó aquella familia predomine en cada localidad, y ocupémonos nosotros de aquello que atrae más las miradas, conmueve más los corazones, eleva más las almas, y no temamos perder el tiempo por esto. ¿No hemos de poder pasarnos sin ir á unas elecciones municipales, nosotros que, siendo revolucionarios, hemos podido pasarnos dieciocho años sirviendo á la revolución? Esto aparte de que, como la mayoría de los candidatos han venido proclamando durante esos años la perfecta ineficacia de la lucha legal, no le ha de costar mucho trabajo retraerse.

Arriba, pues, los corazones, y á dar un ejemplo de abnegación y patriotismo, que no será perdido en lo porvenir.

JOSÉ NAKENS.

EL ASCUA A SU SARDINA

El Movimiento Católico cree que los escapularios y las medallas salvan de la muerte en los combates, y echa de menos, con el obispo de Santander, que no se haya invocado al Dios de los Ejércitos en las grandes manifestaciones de entusiasmo o patriótico

con motivo de la guerra de Africa; y «que oficial y solemnemente no se haya invocado el auxilio de Dios y de nuestro Apóstol Santiago, del tradicional protector de las armas españolas contra la morisma, como si unos centenares de fusiles Maüser hicieran de todo punto inútil la protección del cielo y de los Santos.»

No trato de discutir el primer punto: lleve el soldado medallas ó escapularios, si la mano de una madre cariñosa, ó de una esposa adorada, ó de unos amantes pequeñuelos los colocan sobre su pecho, porque ellos le recordarán la patria ausente y los seres queridos; pero no vaya más allá de donde la disciplina le ordene confiado en la eficacia de esas reliquias contra la muerte: la bala que va certera, no se detiene ante escapularios y medallas. También los moros llevan amuletos en que creen, y caen á los tiros de los Maüser.

Invocar al Dios de los Ejércitos (que invocan los soldados de todas las creencias) podría no estorbar después de proveer á las tropas de buenos fusiles y de municiones; pero sin esto, paréceme que sólo serviría para facilitar á los moros el medio de vencerlos. ¡Qué más quisieran ellos que habérselas con tropas armadas solamente de esa invocación! Y lo mismo digo sobre el protector de los españoles contra la morisma, el apóstol Santiago.

No sería, no, de todo punto inútil (lo subrayado vale un tesoro, porque demuestra que el *Movimiento* tiene tanta fe como yo) la protección del cielo y de los santos, y me guardaría muy bien de rechazarla, si se viese y se tocase, pero hasta tanto, séame permitido desear que no les falte á nuestros soldados la protección de San Maüser y Santa Metrala, ya que tengo la seguridad de que no ha de faltarnos nunca la de San Deber y San Honor.

Trátase de dar á la guerra un carácter religioso que no tiene, que no debe tener, por nuestra parte al menos. Sí; ahora, como siempre, el clericalismo trata sólo de arrimar el ascua á su sardina, como vulgarmente se dice.

Indignación causa en estos momentos leer las pastorales de los obispos y la prensa clerical: «que si la guerra es castigo de Dios, que si la impiedad por aquí, que si la indiferencia por allá... ¡Como si la atención de Dios estuviese fija únicamente en nosotros y en las kabilas rifeñas!

Otra era la obligación del clero en estos momentos: allegar por todos los medios recursos para nuestros bravos soldados. Y que no les es difícil esta misión, bien lo demostró cuando la guerra carlista: sin su poderosa ayuda no hubiera durado tres meses.

¿Quién, como el clero que cobra del Presupuesto, para hacer sacrificios? Si dejara lo que el Estado le da, no por eso dejaría de vivir de los productos de su profesión. Casamientos, bautizos, entierros, misas, ¡pues apenas tiene entradas que no disfrutan los demás empleados!

¿Que lo que se les da es por los bienes que se les arrebataron? No son estos instantes á propósito para discutir si lo han cobrado ya con creces. Sólo puedo decir, que en eso consistiría el mérito: en privarse de lo suyo en bien de los demás. ¡Sin Maüser que se podrían adquirir con los millones que el clero se lleva, sin temor á que su generosidad le privase de lo necesario! Esto sería grande, hermoso, sublime, digno de la misión de que se envanece y de la alta representación que ostenta.

¿Lo hará? Esto es lo que dudo, dicho sea sin alabarme.

LA DISPUTA DE LOS MUERTOS

—Eso lo habrá V. soñado—exclamé mirando al sepulturero con aire de incredulidad.

—No señor—me respondió con tono y ademanes propios del hombre que no está dispuesto á permitir que duden de sus afirmaciones.—Le he dicho á usted que diez ó doce muertos se presentaron en mi alcoba á las doce de la noche para darme pormenores del grave altercado que sostenían y para someterse á mi fallo... ¡Por la salvación de mi alma juro que.....

—No hay necesidad de que V. jure—interrumpí haciendo grandes esfuerzos para que no desapareciera de mi rostro la expresión de seriedad que requerían las circunstancias.—Estoy ya casi convencido de que no ha sido V. víctima de una alucinación. Y me convenceré del todo si es V. tan amable que me cuenta.....

—Verá V.... verá V.—dijo mi interlocutor fijando en mí una mirada en la que brillaba el más absoluto convencimiento.—El trabajo de aquel día fué más penoso que de costumbre... Diecisiete cadáveres, ¡figúrese V. la importancia de la tarea! Rendido por la fatiga me dormí profundamente antes de las diez. Dos horas más tarde, cuando ese reloj de



MALIBU, CALIF.

FELIZ REGRESO



cuco que V. ve estaba dando las doce, una espantosa algarabía de voces extrañas interrumpió mi sueño. Me desperté sobresaltado, enoendí luz y ví que penetraban atropelladamente en mi alcoba varios difuntos de distintas edades y categorías.

—Pero ¿hay también categorías en el mundo de los muertos?

—Quiero decir que estaban vestidos con los trajes con que habían sido enterrados recientemente, y por ellos era fácil conocer la posición social que cada uno de mis visitantes ocupó en el mundo de los vivos.

—Es verdad; continúe V. su relato.

—Uno de los aparecidos se encargó de explicarme el objeto de la visita y me dijo con cavernosa voz: «Al cerrar la noche, todos los que hoy vinimos á ocupar nuestras habitaciones eternas en este gran palacio de la muerte, hemos ido á saludar á los que nos precedieron, con el fin de ofrecerles nuestras respectivas tumbas. Con tal motivo se ha improvisado una reunión de carácter democrático, puesto que han asistido á ella lo mismo los inquilinos de los mausoleos que los de la fosa grande... Y entre los asuntos que han sido objeto de la conversación general, ha salido á relucir el valor... A semejanza de lo que ocurre entre los seres animados, cada uno de nosotros tuvo criterio distinto al de los demás en la cuestión que se debatía; y á consecuencia de la diversidad de pareceres, sobrevino una discusión que fué agriándose por momentos. Los insultos reemplazaron á las razones... En fin, cualquiera que nos hubiera oído, habría tenido motivos suficientes para suponer que éramos políticos, y diputados por añadidura.»

El sepulturero hizo una breve pausa para encender un cigarrillo y continuó así:

—Yo escuchaba al muerto en el estado que usted puede figurarse: tembroso, frío como la nieve y con los pelos de punta. El terminó su discurso con las siguientes palabras: «Después de cinco horas de acalorada disputa, y en vista de la imposibilidad de llegar á un acuerdo, hemos decidido someter á tu fallo la cuestión. Haz el favor de oír atentamente á los cadáveres que aquí se hallan y de decirnos cuál de ellos mereció en vida, con más justicia, el honroso calificativo de valiente que cada uno se adjudica á sí propio.»

El sepulturero calló para chupetear el pitillo que se empeñaba en no arder.

—Entonces— prosiguió estremeciéndose ligeramente al recordar, sin duda, con todos sus detalles, la escena que iba á referirme—entonces el muerto que había ejercido de orador, acercóse á mí, puso su helada mano sobre mi hombro y me dijo: «Creo que si en el mundo de los vivos se concediera un premio al más valiente, nadie hubiera podido disputármelo. Allá arriba he tenido nueve desafíos, he matado á tres de mis contrarios y he dejado fuera de combate á seis. La pistola, el sable y el florete eran los únicos argumentos que utilizaba para contestar, no solo las ofensas graves sino las miradas impertinentes y las frases de dudoso gusto. Veinticinco actas, todas honrosas para mí, acreditan suficientemente mi valor... Siento no tenerlas aquí para que estos señores se convenzan. Pero si alguno de los que me escuchan se permite dudar de lo que digo...» Oyéronse murmullos y me figuré que no faltaría quien recogiese las palabras que, en son de reto, acababa de pronunciar el muerto orador y espadachín. Por fortuna no pasó la cosa á mayores. Adelantóse otro y se expresó en estos términos: «He sido militar de alta graduación, y he tomado parte en cinco grandes batallas y en infinidad de escaramuzas; he visto caer á mis pies centenares de hombres y he pisado montones de cadáveres sin experimentar la más leve sensación de miedo... ¡Si esto no es ser valiente que venga el esqueleto del Cid Campeador y que lo diga.» Después de hablar así hizo un saludo militar, dió doble derecha y fué á colocarse al lado del duelista. Acto seguido se presentó otro... Para no cansar á V. mucho le diré que me enteraron de sus respectivas y grandiosas hazañas, un torero que se había visto enfrente más de tres mil cornúpetos de todas las ganaderías; un camorrista de taberna; un capitán de una partida de bandoleros... En fin, la flor y nata de los hombres que se juegan la vida á cualquiera hora y por cualquier motivo.

El sepulturero se pasó la mano por la frente para limpiarse algunas gotas de frío sudor. Yo le pregunté:

—Bueno ¿y á cuál de ellos dió V. el diploma de valiente?

—A ninguno. Vorá V. lo que me ocurrió. Disponíame á inventar una disculpa para evadirme del compromiso en que los difuntos me habían puesto, cuando ví que el cadáver del espadachín se encarbaba con un esqueleto que estaba junto á la puerta. «Oiga V.—le dijo—¿qué hace V. aquí? ¿Es V. valien-

te? Porque no recuerdo haber discutido con V. en la reunión que antes celebramos.» «Ni nosotros tampoco,» añadieron á coro los demás. El aludido, avanzando algunos pasos, exclamó con la mayor humildad: «Antes y ahora me he limitado á escuchar á ustedes, sin otro propósito que el de enterarme de lo que decían, y si ustedes me dan su permiso, me volveré á la fosa grande... Allí tienen un amigo y servidor para lo que gusten mandar.» Hizo una reverencia y buscó la salida. Pero el espadachín sintió deseos de armarle camorra, por lo mismo que le vio tan humilde, y le detuvo. «Oiga V.—repitió—no siendo valiente no ha debido V. permanecer aquí, mezclado con los que teníamos que relatar algunas de nuestras principales proezas. Pero ya que tuvo el atrevimiento de estar en nuestra compañía, sepamos lo que ha sido V. en el otro mundo.» El preguntado, tras breves instantes de vacilación, contestó: «Yo, señores, soy... es decir, ha sido un infeliz en toda la extensión de la palabra. Jamás me peleé... es decir, estuve pelecándome desde que tuve uso de razón, con la miseria, con la desgracia, con la fatalidad ¡y siempre me vencieron! De modo que mi existencia fué una no interrumpida serie de días de hambre y de noches de insomnio y desesperación... Sólo puedo enorgullecerme de una cosa: de no haberme apartado del sendero de la honradez. Se me presentaron ocasiones propicias para robar sin riesgo de ser descubierto en el acto, y con grandes probabilidades de disfrutar tranquilamente del producto del robo, y no quise aprovecharlas. Me pareció mejor seguir luchando con la fatalidad, con la desgracia y con la miseria.»

—¡Ese fué un héroe!—exclamé interrumpiendo al sepulturero.

Y él replicó:

—Eso mismo dije yo en voz alta. Y sin pensar en que me exponía á ser blanco de las iras de los matones que me habían consultado, añadí tirándome de la cama: Aquí no hay más valiente que el que acaba de hablar, porque el que lucha años y años con la miseria y prefiere ser vencido y destrozado una y otra vez, á convertirse en vencedor con la ayuda de las poderosas armas que la maldad le ofrece, es más valeroso que todos los conquistadores, espadachines y camorristas de profesión que han existido en todos los países desde que el mundo es mundo... ¿Querrá V. creer que ninguno de los valientes se atrevió á rechistar y que fueron marchándose con las orejas gachas, como vulgarmente se dice?

—Lo creo, puesto que V. me lo asegura—contesté estrechando la áspera mano del sepulturero en señal de simpatía y admiración.

Y antes de abandonar la casa de los muertos, me acerqué á la fosa común y arrojé en ella un puñado de flores amarillas y blancas, exclamando con voz respetuosa:

—¡Para los verdaderos valientes!

TOMÁS CAMACHO.

SI PREGES ¿PARA QUE BALAS?

Algunos mandan jamones; otros mandan municiones para que al moro se venza; el obispo de Sigüenza remite... unas bendiciones.

«Y todos los demás obispos lo mismo» ha podido añadir *La Correspondencia Militar*, de quien copio esa sustanciosa quintilla.

¡Y qué cosas dicen á lo mejor! Ahí va un parráfito de la pastoral del obispo de Tarazona:

«Y no vayáis á pensar que la casualidad ó la pericia de los caudillos es lo que principalmente alcanza las victorias. Hay una intervención divina, más ó menos visible, en el éxito de los combates. Alzando Moisés sus brazos, sostenidos por Aaron y Hur, triunfó Josué; y cuando los bajaba, Israel era derrotado. Por lo tanto, empleemos constantemente nuestras oraciones»

No me parecería mal nada de eso, siempre que las oraciones y ceremonias religiosas fueren gratis; de lo contrario, se daría lugar á que creyentes y no creyentes pensarán que las calamidades y desventuras de la patria se traducían para el clero en ingresos y aumento de bienestar.

Misas, rogativas, indulgencias, bendiciones... todo eso está bien, por más que no me atreva á reconocer que tienen gran eficacia, desde el momento que todavía quedan moros con vida; y es lástima que no la tengan, y muy completa, porque así nos ahorraríamos sangre, lágrimas y dinero. ¡Sería, por otra parte, tan cómodo y tan barato acabar con la morisma á fuerza de oraciones!

Lo que no se acomoda muy bien con esa confianza en la Providencia, es la indignación que produce en todos la lentitud con que el gobierno manda á Melilla hombres y material de guerra. Si yo viese la dicha inefable, superior á todas, de disfru-

tar de la divina gracia, ¿cómo había de preocuparme de nada de lo que ocurre? Pediría al cielo que no abandonase á los suyos, y me echaría á dormir tan tranquilo. ¿Cómo dudar de que los partidarios de la religión falsa no podrían en caso alguno vencer á los de la verdadera?

Pero como desgraciadamente no disfruto de esa gracia, me permito pedir lo siguiente: ante la avalancha de prácticas piadosas que se nos ha venido encima.

En vez de oraciones, fusiles Mauser; de misas, mantas para este invierno; de rogativas, carne y vino; de sufragios por los muertos, pensiones para sus familias.

Es posible que todo esto resulte horrorosamente impío, materialista y digno de la condenación eterna; pero si así fuere, en esto mismo se verá hasta donde llevo en punto á sacrificio, tratándose del bien de mis hermanos; pues en vez de cobrar por pedir á Dios que les dé la victoria, me resigno humildemente á perder mi parte de paraíso durante toda una eternidad, por pedir que se les ponga en condiciones de vencer á los moros. ¿Puede darse desprendimiento mayor ni sacrificio más sublime?

Y conste que pienso así, por tener vehementes sospechas de que, si ahora viviese Moisés, con estos maldecidos inventos de destrucción que se estilan, iba á costarle mucho trabajo que Israel ganase batallas solamente con alzar él los brazos; y que no tendría inconveniente en abrir los ojos á la luz de la fe, apagada hace tantos años para mí, si se repitiera ese hecho, que no me atrevo á calificar de milagroso, por temor á decir una herejía, dada mi ignorancia en los asuntos de tejas arriba.

Excuso decir que prefiero ver al clero español ocupado en pedir al cielo (gratis por supuesto) que ayude á nuestros soldados á triunfar de la morisma, contemplarlo asesinando por el procedimiento de los riflaños, esto es, resguardados tras las trincheras, á esos mismos soldados españoles, como en más de una ocasión ha hecho.

DISPAROS

Otra vez está en la cárcel el director de *El Ideal*, nuestro querido amigo D. Emilio Prieto.

Antes le supusieron anarquista, ahora investigador de manifestaciones ilegales, y ahora como antes la opinión se declara en favor de Prieto y en contra de la arbitrariedad que lo persigue.

Excusamos decir cuánto deseamos que nuestro querido compañero sea puesto inmediatamente en libertad.

El Movimiento escribe un artículo sobre la horrosa catástrofe de Santander, y truena contra los adelantos de la ciencia en esta forma:

«Ciencia é industria que á tales progresos nos conducen, deben ser gratas al infierno; al hombre nacido para la vida, y no para la destrucción, no pueden serle más que motivos de vergüenza y de horror.»

Efectivamente, antes no ocurría nada de esto; las catástrofes han venido cuando la ciencia ha comenzado á hacer de las suyas.

Ella tiene la culpa de los terremotos, las inundaciones, las ciudades sepultadas bajo la lava de los volcanes y otros mil inocentes desahogos de nuestra mamá Naturaleza, que desmienten eso de que el hombre ha nacido para la vida y no para la destrucción.

Siempre sacando las cuestiones de quicio; estos neos tienen el cebro al revés, menos cuando se aprovechan de esos mismos inventos que condenan para exterminar liberales en las montañas del Norte.

Leo en un periódico carca tólico el telegrama siguiente:

Granada 1.º (7, 10 n.)

Se ha constituido con muy valiosos elementos, la Asociación de *Padres de familia*, que tan brillantes campañas viene realizando en la capital de la monarquía, en pro de lo meral y de la religión. Según informes, la Asociación de Granada inaugurará sus tareas combatiendo con vigoroso denuedo la enseñanza impía y antireligiosa de nuestros centros docentes, algunas de cuyas cátedras son foco de perversión intelectual, y por ende de corrupción.

Catedráticos, ¡á defenderse!

Vengan datos sobre los mamarrachos que forman parte de esa Asociación mestiza.

Y caiga el que caiga.

Aviso á la sociedad de padres castos:

Después de una ausencia de casi un año, *Venus* ha vuelto á aparecer como estrella vespertina, y podrá verse todas las noches en Occidente durante el resto del año.

Confiamos en que ese abogadillo de alquiler que tiene la sociedad de *Padres de familia* no permitirá semejante escándalo, y que acudirá en queja al gobernador, para que por lo menos se sujete á Venus á la misma ley que á sus sacerdotisas, no permitiéndola exhibirse antes de la doce de la noche.

Hablando del contrabando de armas con destino á los moros, termina así un artículo *La Unión Republicana* de Algeciras:

«Finalmente, es vergonzoso que por orden de una autoridad se ponga en libertad una embarcación cargada de contrabando de guerra, contrabando que en seguida alijó en Tetuán, y á la fecha no se ha exigido responsabilidad á esa autoridad.

Asimismo es también vergonzoso que en las diferentes aprehensiones de armas, tanto en Cádiz como en Bobadilla y Algeciras, no hayan preso á nadie...»

Y más vergonzoso aun, que quien puede y debe no impide el espectáculo de tales vergüenzas.

Dice que es vicealmirante, exalcalde de Granada, y que ostenta grandes cruces por servicios á la patria.

Afirma que se cartea con las testas coronadas y que él, A. R. C., fué un personaje en España.

Hoy es encanto de Suiza donde ha adquirido gran fama y donde exhibe sus timbres... en la cárcel por estafa.

La huelga de los factores de la compañía de los ferrocarriles del Mediodía; la inminente, no ha muchos días, de los maquinistas y fogoneros de la del Norte, y tantos y tantos síntomas de malestar y desasosiego, hará que con detenimiento y claridad denunciemos ante todos, los vejámenes, las injusticias, los sinsabores que sufren esos empleados, que bien pudiesen llamarse los esclavos de esas empresas egoístas.

Hay que hacer luz.

Hay que denunciar explotadores.

Nos ocuparemos de estas interesantes cuestiones.

Mientras España entera sólo piensa en los sucesos de Melilla y el patriotismo acalla los gritos de la pasión política, en San Sebastián aparecen pasquines, católico-carcundados del tenor siguiente:

«¡Vivan los frailes! ¡Muera el liberalismo que los degolló y ahora nos chupa la sangre! etc., etc.

Siempre lo mismo: á falta de un acto como el de San Carlos de la Rápita, una amenaza estúpida.

Ha terminado el asunto de la *Bella Chiquita*, pidiendo el fiscal que se sobresea el juicio provocado por el cómico representante de los *Padres de familia*.

La inmoralidad se ensancha al ver que con tal querrela, hicieron, ruido la *Bella* y los Padres una plancha.

Los maestros de instrucción primaria de Requena han pedido al rectorado de la Universidad de Valencia, que se les autorice para salir á pedir limosna dos días á la semana, dedicando los demás á la enseñanza.

Y á la enseñanza se dedicarían así sin intervalo.

Unos días enseñando el silabario en la escuela, y otro los codos en la vía pública, para vergüenza nuestra, si las nuevas disposiciones tomadas no median la aflictiva situación de los maestros.

Leo que ayuntamientos enteros han sido reducidos á prisión en Sicilia.

Si aquí se hiciera lo mismo con los que lo merecen, habría que ensanchar las cárceles.

Dicen los que lo han oído, que se declara rendido; que física y moralmente se considera impotente, (se entiende, para mandar) y que se va á retirar en plazo breve Sagasta: pues, ¡eal con verio basta.

Tendrá que ver la cara que pongan los periodistas católicos al saber que el Vaticano ha rebajado á cien mil liras las trecientas mil que dedicaba á subvencionar á la prensa clerical.

Por lo visto el Papa ha notado que eran muchas liras para el poco servicio que prestaba, y le ha rebajado la tercera parte.

Pero con buena gente da para que se resigne cuando le tocan al bolsillo, y de hoy en adelante seguro es que defenderán á la Iglesia con una tercera parte menos de fervor católico.

Como resultado de disposiciones oficiales y de la aplicación de los recursos del nuevo presupuesto para la dotación de nuevas misiones, han sido bautizados quinientos igorrotos en la isla de Luzón.

¡Cuán orgullosos con esto estarán los igorrotos, viendo que les ponen motes á costa del presupuesto!

El coadjutor de la parroquia de San Bartolomé, de la villa de Petrel (Alicante), D. Eliseo Amant y Sirvent, ha dirigido una respetuosa instancia al señor Ministro de la Guerra, protestando de los sucesos de Melilla, y al mismo tiempo se ofrece como sacerdote y como soldado.

¡Bien por el cura guerrero! ¡Si á la excitación por fin que le dirige *El Motin* irá á responder el clero?

También que vayan precisa los frailes á la campaña, así no quede en España un *pater* para una misa.

MANOJO DE FLORES MISTICAS

Desde la restauración acá se han gastado en Valladolid más de veinte millones en construir iglesias, conventos, etc.

Lo propio, en más ó menos escala, según el número y la hipocresía de sus habitantes, ha ocurrido en las demás poblaciones importantes de España.

¡Y hay todavía quien pregunta qué se ha hecho de nuestro dinero!

Nuestro dinero se ha invertido en construir albergues para que vivan á sus anchas los que han tomado por oficio ofecernos el cielo á cambio de lo que tenemos en la tierra.

¡Y si al menos sirvieran de algo! Pero al contrario, desde que tenemos tantos que recen por nosotros, vamos de mal en peor.

Guerras, terremotos, inundaciones, incendios, cólera, rancazo, voladuras de buques... este es el pan nuestro de cada día.

Decididamente hay que evitar que haya tantos que continúen poniéndonos en comunicación con el cielo, si no queremos que las plagas aumenten.

Se celebraba una misa en una parroquia de la provincia de Avila, no lejos de las de Vita y el Parral, que explota un mismo cura.

—¿Quién es ese chico que llora?—preguntó el *pater* volviéndose hacia los fieles.

Y como nadie le contestara, se enfureció é insultó á todos los presentes, incluso al juez y los individuos del ayuntamiento que estaban en la iglesia.

Es verdad que después de acabada la misa, y llamado á la casa consistorial por las autoridades, dió toda clase de explicaciones y retiró los insultos proferidos.

Pero ¿qué necesidad habría de eso, si ese juez y esos ediles se abstuvieran de pisar el templo?

El mejor medio de no oír insultos de clérigos, es no acercarse á ellos, ni á poca ni á mucha distancia.

Los obispos y curas protestantes han puesto como nuevo á Emilio Zola, con motivo de su ida á Inglaterra para presidir una conferencia de periodistas, usando contra él expresiones incultas y soeces.

Intolerantes son los católicos, pero nunca como los protestantes; seamos justos ante todo.

Por lo demás, no hay gentes más intratables ni más descorteses que las que hablan en nombre de Dios, sea cualquiera la religión ó secta á que pertenezcan.

El *sotona* de San Quintín (Barcelona) es un cura práctico.

Para fomentar entre los chicos la afición á concurrir á la doctrina, rifa entre ellos todos los domingos un par de alpargatas.

Ya es lo que se propone con eso. Preparar á sus educandos para cuando sean mayores y vayan á una partida, que tengan práctica de correr mucho y de prisa. Ningún cura da nada sin su cuenta y razón.

Y dale con el padre Paz.

No quiere dejar en ídem á *El Motin*, y no hay sermón suyo en Luarca que no saque á colación

nuestro semanario para decir que es esto, lo otro, y lo de más allá, recomendando que se evite su lectura.

Yo, á mi vez, recomiendo que nadie escuche sus desatinadas arengas, y así nos pagamos en la misma moneda.

Y en paz, y jugando.

¿Que el *pater* de Villar del Sadrón tiene un palomar en la iglesia?

¿Que faltando á lo prevenido no encierra sus palomas en las épocas de recolección y siembra, y los animalitos andan picoteando por los sembrados de los vecinos?

Pues benditos de Dios, ¿para qué sirven las escopetas de caza? Donde vean ustedes una paloma parroquial, duro y á ella.

Y verán ustedes cómo el reverendo ó sus tres señoras sirvientes se cuidan de encerrar las demás.

No hay mal sin remedio

¿Dice usted, ciudadano de Requena, que en una procesión ha visto con su correspondiente medallita al cuello á dos masones y dos federales *soi disant*?

¿Y eso le coje á usted de susto? ¿No sabe usted que hay federales con oratorio en casa, y masones no menos sospechosos, que lo mismo van á las logias que á las sacristías?

Pues, sí, señor; hay mucho farfante que observa el siguiente método de vida:

Por las mañanas acuden santamente á la parroquia y por las tardes al club, y por la noche á la lógia.

Además de varias procesiones terrestres, organizaron los jesuitas en Luarca una por mar.

Y sucedió, que mientras un devoto se fué á la procesión pasada por agua, otro creyente le robó en seco, es decir, en su casa, la caja de caudales que contenía siete mil pesetas.

Hay que tener mucho ojo con los pícaros ladrones, antes de ir á procesiones de secano ó de remojo.

BIBLIOGRAFÍA

La Novela Moderna. Estudio filosófico de D.^a Mercedes Cabello de Carbonera.

Este folleto de la distinguida escritora peruana ha sido recompensado con el premio de honor en el certamen hispano-americano de la Academia Literaria de Buenos-Aires.

Nosotros, que con estricta justicia hemos elogiado varias veces las obras de la Sra. Cabello, la felicitamos por este nuevo triunfo.

La Elocuencia de los Números, por Canta Claro.

Con ese título y bajo ese seudónimo ha escrito un distinguido redactor de *El Correo Militar*, una notable obra, fruto de laborioso estudio, en la que se combaten las ideas anarquistas.

Precio, 2,50 pesetas en las principales librerías.

El director de nuestro valiente colega *El Progreso* de Nueva-York, ha tenido la atención, que le agradecemos, de remitirnos un ejemplar de su *Catecismo Libre Pensador, ó Cartas á un Campesino*.

En él, en lenguaje popular y al alcance de todos, combate el Sr. Vereá con magníficos argumentos á todos las religiones positivas.

Precio del ejemplar en rústica, quince centavos de peso. En la administración de *El Progreso* (Nueva-York) y principales librerías de la América Española.

ACADEMIA

Tutor, 19, principa

Preparación para el ingreso en 2.^a enseñanza. Estudios del Bachillerato por enseñanza libre. Preparatorio de Derecho.

El profesorado lo forman licenciados en ciencias, filosofía y letras, y derecho.

SE ADMITEN INTERNOS

OBRAS NUEVAS

El secretario íntimo, por Jorge Sand.—1 peseta.

Rico y Pobre, por Emilio Souvestre.—0'50 pesetas.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.